



DÍA DE SAN FROILÁN

Queridos hermanos,

“La misma alegría tendrán los ángeles en el cielo por un solo pecador que se convierta”, acabamos de oír en el Evangelio. ¡Qué gran consideración de cada uno de nosotros, cuánta valoración de nuestras personas y de nuestra vida: El cielo entero se alegra por un pecador, cualquiera de nosotros, el más indiferente o el menos moral, el que ha perdido el camino, ¡a nadie importa y ya nadie busca! Se alegra el cielo por uno solo, por mí, pensando en mi vida, en que se abre al bien y a la verdad.

Esta certeza, en la que cada uno se encuentra improvisamente honrado, buscado y querido, visto como causa de alegría en medio del mundo, es también raíz y causa de nuestra fiesta de San Froilán.

Es verdad, el Buen Pastor no repara en esfuerzos y sacrificios por buscar la oveja perdida. En contra de quien la olvidaría –nos olvidaría– incluso razonablemente, ocupado con todas las demás, Él deja todo por ella, llega incluso a dar la propia vida por encontrarla. Esto ha sucedido, lo ha hecho nuestro Señor Jesucristo; tal es la voluntad del Dios Padre y Creador. Y esto predicó con elocuencia San Froilán, de esta certeza vivió él mismo; este amor gratuito y pleno, reconocido, lo conmovió y determinó su vida.

Su grandeza personal, su propia existencia construida sobre esta certeza, se convirtió en razón palpable para que muchos creyeran también y vivieran como criaturas nuevas, con una nueva comprensión de las cosas y del prójimo.

Nada le importó más a Froilán que saber hablar y decir bien, con elocuencia, este misterio de amor. Rezó y pidió con toda el alma poder comunicar a los suyos lo más bello, lo más grande, el misterio que ilumina mente y corazón, y renueva la vida. Se lo representa acogiendo la gracia abundante del Espíritu en forma de dos palomas, como signo del don divino de una elocuencia maravillosa, destinada a hablar a los suyos y a todos del Señor Jesús, del Evangelio, de lo que más le importaba, la razón de su alegría y su esperanza.

La fe es una inmensa afirmación del bien, contra toda insidia del mal, toda mentira y toda violencia. Es la certeza de existir a partir de un Amor sorprendente y real, que fundamenta, que sostiene y da forma a la vida.

Froilán habló a los suyos con elocuencia, como si también él buscara a las ovejas dispersas, que, sin guía ni amparo, eran presa de los lobos, de los muchos depredadores a los que importaba sólo aprovecharse de ellas para la propia conveniencia.

Generó lugares de paz, de convivencia, que sólo nace y permanece cuando se da este amor, este respeto y cuidado primero, y la libertad lo reconoce.

En la presencia de una fe y unas relaciones así vividas, ante la realidad de una convivencia en paz, de una apertura real al bien y a la verdad, a la libertad de cada uno se le hacía más fácil reconocer la presencia de un Amor que ha de guiar la vida y la construcción de la ciudad; y se podía dejar atrás un mundo en que sólo la lógica del dominio y la explotación, la violencia y el derecho del más fuerte parecían razonables.

Nosotros queremos seguir afirmando en nuestra ciudad, en nuestras casas, la dignidad y la paz que significa Froilán, de la nos hablaron nuestros padres y que heredamos como riqueza propia, como tradición de nuestra tierra y de nuestro pueblo.

Ciertamente en la base está la fe. La cual confirma su verdad con sus buenos frutos, con su capacidad de ayudarnos a reconocer el bien y a rechazar el mal, a tener la fortaleza de vencer nuestras propias tendencias, de superar conveniencias y modas, para preferir la verdad y el bien; a aceptar los esfuerzos y sacrificios necesarios para no traicionar la propia conciencia, para no vivir en la injusticia, para cuidar del amigo, del prójimo, del ser querido.

El amor y la paz testimonian de la verdad de la fe; y especialmente el estar dispuesto a salir a buscar la oveja perdida, que nos necesita, el poder alegrarse de corazón por el bien de la vida del otro.

Y, al revés, las muchas palabras y la propaganda mayor no pueden sustituirse a la realidad de este amor al prójimo, a la capacidad de cuidar y alegrarse, de construir convivencia y paz; tampoco hoy, cuando nos rodean narraciones, relatos, informaciones sin fin, para condicionar nuestra mente y corazón.

Al contrario, es parte intrínseca del respeto y la valoración del otro, de una atención real a su bien, ofrecerle la posibilidad de un acceso común a la verdad, compartir con transparencia las razones de lo que se propone, en formas de respeto y de diálogo. Y actuar, por tanto, conscientemente de manera diversa de lo que parece dominar hoy día, en que abundan los insultos y descalificaciones, la ausencia de argumentos, la mentira y la polarización buscada.

De ahí la importancia de la palabra, de la predicación, que caracterizaba a Froilán. Hablar sin engaño y “desarmar las palabras”, dar razones de la propia fe, procurar hacer comprensible, construir sobre la búsqueda y el amor a la verdad, es principio de toda convivencia y de la paz.

Nosotros celebramos hoy a San Froilán, en quien vemos realizarse históricamente este camino de fe evangélica, de amor al más pequeño, de comunicación sincera, de generación de una vida común buena.

Es razonable hacer fiesta en honor de este florecimiento, de este esplendor de lo humano, que se realiza en él, reconocido popularmente como santo; y que es también la base y la guía de la edificación de nuestras casas, de nuestra ciudad, de Lugo, desde hace muchas generaciones.

Con esta fe cristiana, vivida y testimoniada en nuestra historia, recibimos una gran esperanza; para nosotros mismos, en primer lugar: somos amados, llamados a construir nuestra existencia en el horizonte de grandes certezas buenas. A pesar de todos los testimonios contrarios, que prefieren hablar de dominación y de poder, negar el acceso a la verdad y usar de violencia, y que al final reconocen a la muerte como horizonte de todo ser.

Nosotros, celebrando la gloria de San Froilán, afirmamos la vida como nuestro horizonte propio, una vida eterna, vencedora de la muerte y libre de todo mal. Con esta esperanza queremos vivir ya ahora, mirar al prójimo y al mundo.

Y con esta esperanza recordamos a nuestros seres queridos que nos han dejado ya, que encomendamos a la bondad de nuestro Dios, que vino a buscar a la oveja perdida y que se llena de alegría por la salvación de cada uno de nosotros.

Seamos testigos de esta alegría en nuestras familias, con nuestros vecinos y en nuestras calles, especialmente en este día de San Froilán. Y pidamos, por la intercesión de nuestro santo Patrón, la bendición abundante del cielo sobre nuestra ciudad, sobre sus autoridades e instituciones, sobre nuestras casas y sobre los más necesitados de cuidados, los más frágiles de nuestros hermanos.

Que Dios nos guarde en su paz a todos, en la certeza buena de que tenemos un Buen Pastor que no olvida ni abandona ni siquiera a una pequeña oveja perdida.

¡Feliz día de San Froilán!

+ Alfonso,
Obispo de Lugo